

# De la dialectología historicista a la dialectología sociolingüística

## I.- La dialectología historicista

ANTONI M. BADIA I MARGARIT

### 1.—Aparición y auge de la dialectología

Como es fácil de comprender, el tema que con estas palabras empiezo podía llenar sin dificultades y sin dilaciones un curso universitario entero. Reducirlo a una hora de exposición exige dejar abundantes huecos en la información y en el comentario; exige, además, aplicar un criterio —que por fuerza ha de ser muy personal, y por ello a menudo arbitrario— por el cual han de quedar excluidos aspectos de la materia que otros juzgarían más importantes que los que aquí se recogen. Que conste, pues, ya desde ahora, que lo que sigue es un conjunto de pinceladas sueltas con el que aspiro a presentar la evolución que en un siglo de intensa actividad, ha modificado el concepto y los contenidos de la dialectología.

La presente exposición descansa sobre unas constantes que explican toda la evolución aludida. Son las siguientes. La transformación de una sociedad rural en una sociedad urbana. O —cosa que es lo mismo— cómo el peso de la economía agraria fue desplazado por el peso de la economía industrial. O —ahora ya en términos lingüísticos— la sustitución de la lingüística diacrónica por la lingüística sincrónica. De la dialectología del dato (perteneciente a la lingüística en sí misma) a la dialectología del comportamiento (ya en el campo de la sociolingüística). En fin, co-

mo digo en el título, de la dialectología historicista a la dialectología sociolingüística.

El último tercio del siglo XIX se caracterizó, en la historia de la lingüística, por la polémica llamada de las «leyes fonéticas». Frente al cumplimiento universal y absoluto de las leyes fonéticas, como única explicación posible de los cambios lingüísticos, que defendían los neogramáticos, se alzaron los dialectólogos, que, con datos de las hablas vivas, hacían ver que las leyes fonéticas no eran tan universales ni tan absolutas como aquéllos pretendían. Ello confirmó a la dialectología una aparición verdaderamente espectacular, que correspondía a la pomposidad con que hasta entonces se habían manifestado los neogramáticos, defensores de sus puntos de vista cerrados (que excluían cualquier otra interpretación). Al hacer ver los dialectólogos que existían otras interpretaciones —que además eran verificables por quien quisiera acercarse a los sencillos hablantes del campo y de la montaña, y escucharlos—, constituyeron una nueva disciplina científica, que pronto todos llamaron «dialectología». Esta se basaba en multitud de soluciones lingüísticas diferentes que, si una cosa probaban, era que ya no se podría seguir hablando de leyes fonéticas universales. La dialectología estaba lanzada.

G. I. Ascoli fue uno de los pioneros de la nueva ciencia. Y de los más sagaces. Además, supo escoger comarcas cruciales para caracterizarla y para proponer los métodos adecuados. Mencionaré tres: 1) *Saggi ladini* («Archivio Glottologico Italiano», I, 1873); 2) *Annotazioni soprasilvane* («Arch. Glot. It.», VII, 1880-1883), y 3) *Schizzi franco-provenzali* («Arch. Glot. It.», III, 1978). En este último trabajo Ascoli usa por primera vez el nombre de «franco-provenzal», cosa que hizo reaccionar vivamente a los franceses en contra,

como se ve por la polémica que sostuvieron Paul Meyer y el propio Ascoli, desde la revista «Romania» (de París) y el «Archivo», ya citado, respectivamente. Paul Meyer negaba la posibilidad de establecer límites dialectales claros y precisos (de lo que se infería que no era posible segregar el franco-provenzal del dominio lingüístico francés). La polémica tuvo pronto un carácter más general, sobre la que volveré más abajo (§ I, 3).

Como muestra de un estudio que tuvo un gran eco en el momento de su aparición, y, que contribuyó considerablemente a poner de manifiesto la relatividad de las leyes fonéticas como las defendían los neogramáticos, recordaré la tesis doctoral de l'abbé Rousselot, *Les modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin (Charente)*, París 1891, donde se observan esas modificaciones en cinco grupos de generaciones sucesivas. L'abbé Rousselot iba a destacarse como fundador de la fonética experimental.

## 2.—Las monografías dialectales

Estaba patente el interés por las hablas vivas. Era indispensable proceder a su estudio sistemático. Gaston París, en una memorable conferencia, titulada *Les parlers de la France* (26 mayo de 1888), que apareció en el tomo II de la «Revue des patois gallo-romans» (1888), reclamaba una monografía dialectal para cada municipio o por lo menos para cada comarca. Naturalmente, se trataba de un programa de recogida del léxico rural: la casa de campo, la cocina, los establos y los corrales, el cultivo de la tierra y el pastoreo. Esto ocurría en pleno auge de la vida campesina. Como es sabido, la población urbana pesaba relativamente poco y se caracterizaba por una vida menos rica y menos variada que la del campo

(se entiende desde el punto de vista del vocabulario).

Consecuencia de cuanto digo (y de cuanto no puedo comentar) fue que, por doquier, pero especialmente en Francia y en Italia, pronto se acumularon verdaderas colecciones de trabajos sobre las más recónditas unidades geográficas. La información dialectológica así reunida contribuyó a constituir un gran corpus del vocabulario de la vida rural existente a comienzos del presente siglo.

Como en tantos otros campos de trabajo y salvando unas pocas —y honrosas— excepciones, en nuestro país se llegó al término decisivo de la guerra civil (1936-1939), sin que dispusiéramos de unos mínimos de bibliografía referida a nuestros dialectos. Con todo, poco después de terminada aquélla, Dámaso Alonso publicó un artículo sobre la enseñanza de la filología española («Revista Nacional de Educación», 1942), que, en uno de sus capítulos, trataba de las monografías dialectales en un tono estimulante para los jóvenes universitarios. En seguida empezaron a elaborarse gran número de tesis doctorales y otros trabajos equivalentes, con el título genérico de «El habla de...». En unos cuantos años, aparecieron docenas de descripciones de hablas locales y comarcales. Ni yo mismo pude sustraerme a la corriente y también pagué el tributo. En la actualidad conocemos relativamente bien la España dialectal, gracias a todas esas monografías (sin contar con los ya abundantes atlas lingüísticos regionales).

## 3.—Las fronteras idiomáticas

Obviamente la investigación sobre las hablas dialectales implicaba el establecimiento de sus

límites. Saber a ciencia cierta dónde termina una habla y dónde empieza la que con ésta limita. No sólo eso: pronto se echó de ver que, a lo largo de las fronteras lingüísticas, no era raro que existieran las llamadas «hablas fronterizas». *Sprachgrenzen und Grenzmundarten des Valencianischen* tituló J. Hadwiger un artículo publicado en la «Zeitschrift für romanische Philologie» (tomo XXIX), que comentó R. Menéndez Pidal en su comunicación al I Congreso Internacional de la Lengua Catalana (Barcelona 1906). Había ciertas modalidades dialectales que presentaban características de las dos hablas que precisamente dividía el límite idiomático (y que a veces habían conservado rasgos antiguos hoy ya no existentes ni a un lado ni al otro de la frontera). Todo esto era lo contrario de lo que siempre habían proclamado los neogramáticos: para ellos los límites lingüísticos eran geométricos, rígidos, exactos, sin zonas de transición. En cambio, para la dialectología era obligado admitirlas.

La polémica entre Ascoli y Paul Meyer, antes mencionada (§ I, 1), se reactivó. Este pretendía que en Francia no era posible fijar límites dialectales (sin confesarlo, temía que con ellos quedaría cercenado el dominio del francés propiamente dicho). Gaston París le apoyaba: los rasgos dialectales se difunden como una mancha de aceite, y no es posible concretarlos dentro de unas fronteras fijas. De esta forma, ni siquiera se podían separar la lengua «d'oïl» y la lengua «d'oc». Quien zanjó la cuestión fue el dialectólogo suizo Louis Gauchat, con un artículo que se hizo famoso por el método: *Gibt es Mundartengrenzen?*, aparecido en el «Archiv für das Studium der neueren Sprachen» (tomo de 1903). La respuesta era: «Sí, hay fronteras dialectales», y se basaba en sus estudios sobre valles alpinos, de los

que se desprendía que a cada unidad geográfica correspondía una habla específica.

Otro tema de interés respecto a las fronteras dialectales es el que las relaciona con los hechos de la reconquista en España. Ramón Menéndez Pidal, partiendo de las informaciones allegadas en la tesis de A. Griera, *La frontera catalanoaragonesa* (Barcelona 1914), y en una reseña que de este libro publicó en la «Revista de Filología Española» (vol. III, 1916), hizo ver que, en las zonas de la Ribagorza donde se fraguó el romance, para cada criterio fonético que se eligiese existía una frontera distinta entre el aragonés y el catalán: había tantas fronteras como rasgos cartografiábamos. En cambio, a partir de una zona determinada, hacia Monzón (en el Bajo Cinca), todas las isoglosas que más al norte trazaban líneas distintas y a menudo entrecruzadas, se unían en un solo haz, formando una frontera idiomática única y compacta, que seguía en dirección al sur. La razón era clara: las discrepancias del norte mostraban que allí se había forjado la lengua, mientras que su asunción en un solo trazado fronterizo más al sur indicaba que había un sitio y un momento a partir de los cuales las lenguas (aragonesa o catalana) se propagaban ya hechas, y su distribución sólo dependía de si los repobladores eran aragoneses o catalanes.

Esto era natural. Tan natural que, en perfecta simetría, la situación se repetía en el oeste, entre el gallego y el leonés. Así lo hizo ver Fritz Krüger, en su contribución titulada *Mezcla de dialectos*, al «Homenaje ofrecido a Ramón Menéndez Pidal» (vol. II, Madrid 1926). También allí los territorios en los que ambas lenguas se constituyeron presentaban una gran variedad de límites lingüísticos, mientras que todos ellos se unificaban a partir de un punto dado: ello signifi-

caba que ambas lenguas, ya convertidas en realidades logradas (y por lo mismo no susceptibles de confusión) se llevaban, así hechas, hacia el sur, como aplicación de la repoblación de las tierras del Duero, y eran gallego o leonés según la lengua y la práctica lingüística de los repobladores.

## II.—LA GEOGRAFIA LINGÜISTICA

### 1.—Red de localidades

Sería superfluo empezar este capítulo intentando definir un atlas lingüístico. Este, como resultado de cartografiar, en el mapa de un dominio lingüístico, los resultados de preguntar un cuestionario a una persona cuya habla represente la de la localidad donde vive, y repitiendo la operación en todas las localidades que se han previsto, se convirtió en seguida en el mejor complemento de la monografía dialectal. La fuente de datos era un solo informante para cada población escogida, pero la homogeneidad del método, aplicado al total de localidades, garantizaba unos resultados consistentes. Una vez más, los cuestionarios de los atlas lingüísticos sólo se referían a la vida rural. Ni más ni menos que las monografías dialectales.

Es habitual distinguir tres etapas en la geografía lingüística románica: 1) la que lanza Jules Gilliéron, su verdadero fundador, y autor del *Atlas Linguistique de la France (ALF)* (de comienzos de siglo, por más que su larga preparación se había realizado antes de 1900); 2) la que señaló el *Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz (AIS)*, abreviado así a partir de su título en italiano: «Atlante Italo Swizzero», de Karl Jaberg y Jakob Jud (de los años 20 de este

siglo), y 3) el *Nouvel Atlas Linguistique de la France, par régions (NALF)*, concebido por Albert Dauzat durante la guerra mundial, y realizado por distintos autores (directores de los distintos atlas regionales), a partir de la terminación de aquélla. La consideración de las tres etapas no es caprichosa, sino que ha sido establecida por los progresos que la metodología de la geografía lingüística ha realizado de cada una a la siguiente. Sólo en una mínima parte me podré referir a las características de cada etapa.

La red de las localidades en las que se han de hacer encuestas determina, claro está, el número total de éstas. Pueden estar distribuidas por todo el territorio en la misma proporción, o pueden tener mayor densidad en las zonas que razones históricas, o fronterizas, o de otra índole, así lo aconsejen. El tema de las localidades suscita un problema de difícil solución: ¿qué se ha de hacer con las ciudades? El problema fue planteado ya en los comienzos de la dialectología: recuérdese, si no, el estudio de Carlo Salvioni sobre el habla de la ciudad de Milán (que es de 1884). En este punto, el *ALPI (Atlas Lingüístico de la Península Ibérica)*, dirigido por Tomás Navarro Tomás) cortó por lo sano, y no incluyó ninguna capital de provincia ni otras ciudades importantes en el Atlas. La idea no deja de tener su fundamento: si los atlas lingüísticos buscan recoger sobre todo el léxico rural, serán más indispensables las encuestas realizadas en sitios recónditos que las que se puedan hacer en las ciudades. Pero esa exclusión de las ciudades no es justa: el habla de las ciudades pertenece al conjunto de la lengua, y no se puede prescindir de ella. Por eso, al planear Joan Veny y yo mismo el *Atlas Lingüístico del Domini Català (ALDC)* decidimos incluir las ciudades, a base de encuestar a un dependiente de comercio (profesión a la que no

corresponde un vocabulario tan específico como el de los oficios manuales) y residente en un barrio no marcado (evitando los sectores con gran número de inmigrantes, o residenciales de familias de alta posición, etc.).

Hoy la ausencia de las ciudades en un atlas lingüístico aún resultaría más injustificada. En especial por la llamada nivelación lingüística (de la que hablaré más abajo, § V, 2), la cual se realiza justamente a partir de las ciudades. Todo el proceso de estandarización requiere tanto datos de ciudades y de núcleos importantes como de las aldeas más alejadas.

Para tener una idea de la profusión de puntos explorados en un atlas, recordaré que el *ALF* (de Francia) constaba de 639 localidades y que el *ALPI* (de la Península Ibérica) se hizo sobre unas 400. En general, los exploradores siempre han dispuesto de un margen de libertad, para modificar, sobre el terreno (y vistas las circunstancias que lo justificaban), las localidades previamente establecidas.

## 2.—*El cuestionario*

Jules Gilliéron no publicó nunca el cuestionario del *ALF*. Con todo, el texto se pudo rehacer partiendo de las cabeceras de los mapas. Este cuestionario (como toda la metodología del atlas) fue objeto de críticas acerbas. El, no sin ironía, respondió más o menos así: «Sí, tienen Vds. razón; cuando yo podía hacer un cuestionario mucho mejor que el que se me critica sería ahora, en el momento de haber terminado la obra y haber adquirido con ella una experiencia de que antes carecía». Así lo corrigió notablemente de cara a su *Atlas* de Córcega, que siguió al de Francia. En este segundo cuestionario se inspiró A.

Griera, al preparar el de su *Atlas Lingüístico de Catalunya (ALCat)*. De una forma u otra, del cuestionario de Gilliéron han sido tributarios todos los demás.

¿Ha de contener muchas preguntas el cuestionario de un atlas lingüístico? El de Gilliéron contenía 1.400, al empezar Edmont las encuestas, y, al terminarlas, el propio encuestador las había ido ampliando hasta 1920 (al advertir, a medida que las iba llevando a cabo, que se hacía necesario añadir nuevas cuestiones a las previstas inicialmente). Casi todos los atlas realizados en los últimos años se mueven alrededor de 2.000 preguntas, que, por muchas razones, es el número que parece más adecuado. Una excepción la constituye el *Atlante Linguistico d'Italia*, cuyo cuestionario consta de 7.500 preguntas (como es sabido, este atlas expresaba la reacción de los dialectólogos italianos ante el *AIS* de Jaberg y Jud, al que querían superar). Con todo, la empresa era demasiado ambiciosa, y el resultado es que hasta el presente, el atlas italiano sigue sin aparecer. Las dificultades eran de carácter práctico, no surgían porque los campesinos interrogados no conocieran tantos millares de palabras.

Los cuestionarios de los atlas lingüísticos son fundamentalmente de vocabulario. Por supuesto, de vocabulario rural, como ya hemos visto una vez y otra. Pero incluyen asimismo preguntas referentes a la fonética, a la morfología e incluso, aunque menos, a la sintaxis. Para el *Atlas Lingüístico del Domini Catalá* decidimos incluir una novedad: después de rellenado el cuestionario, invitábamos al informante a explicar algo (unas inundaciones importantes en la comarca, la guerra civil en el pueblo, la matacía del cerdo, etc., cualquier tema, a su elección). Con ello se recogían abundantes informaciones de sintaxis y de entonación, puntos que suelen quedar

negligidos en la geografía lingüística, por razones fáciles de comprender.

### 3.—*Problemas de la encuesta*

Son numerosos. Presento una selección. De momento, los que se refieren al informante. Durante largo tiempo los dialectólogos vivían con la obsesión de los informantes de edad avanzada. Sólo de los viejos —se decía— se puede obtener la información deseada (ya sabemos que eran mayoría los que sólo entendían el atlas como depósito de rasgos arcaicos). Hoy se ha superado la obsesión, y en los atlas más recientes han sido simplemente personas adultas (de 40 a 60 años) las que han actuado como informantes. Ni ha faltado quien, exagerando, y bajo el eufemismo de «novísimas generaciones», haya trabajado con niños y niñas de escuelas. También se ha planteado el tema de si conviene partir de un solo informante o puede haber más de uno (en este último caso, el trabajo del explorador se acercaría al de la monografía dialectal, para la cual es normal recurrir a varias personas). Gilliéron había establecido el criterio del informante único. Hay que asegurarse bien de que la persona representa correctamente el habla de la localidad; una vez cerciorado acerca de este extremo, ha de procederse a realizar la encuesta tan sólo con ella.

Con respecto a la profesión de los informantes, también se ha discutido largo y tendido. Me limitaré a recordar que en el *ALF* de Gilliéron, sobre unos 700 encuestados, había 341 campesinos (y afines), prácticamente la mitad. Les seguían las personas con alguna instrucción (maestros o eruditos locales), que figuraban en número de 200. Como se echa de ver en seguida, no había homogeneidad con respecto a este criterio.

Luego hay los problemas relativos al explorador. ¿Uno sólo? Gilliéron se decidió por el explorador único. Otras cuestiones: ¿ha de ser el explorador un lingüista profesional o es mejor que no lo sea, una vez que esté asegurada su capacidad de realizar las encuestas y de transcribir las respuestas en alfabético fonético? ¿Es conveniente que el autor del atlas sea él mismo el explorador (en este caso sería, claro, un dialectólogo profesional), o, por el contrario, es preferible separar ambas funciones? Gilliéron, después de largos tanteos, encontró a Edmont, de oficio manual, pero de una perfecta capacidad auditiva, y él fue el único explorador de toda Francia (cosa que trajo consigo errores considerables en el Midi, a consecuencia de su ignorancia del occitano). Edmont era del Norte (de la localidad de Saint-Pol, Pas-de-Calais), y acabó convertido en dialectólogo, al publicar, entre otros trabajos, el *Lexique de Saint-Pol*.

Como se ve, hay para todos los gustos y preferencias. En el *ALCat* de A. Griera, él mismo fue autor y único explorador. En el *AIS* de Jaberg y Jud, ellos —como autores— en principio se inclinaban por el explorador único: Paul Scheuermeier. Pero en su caso, realmente valía la pena incorporar a otros dos lingüistas, especialmente conocedores de partes importantes de Italia: así Gerhard Rohlfs exploró 81 puntos de Sicilia y el sur de Italia, mientras que Max Leopold Wagner se encargó de los 20 puntos de Cerdeña. Pero Scheuermeier tuvo a su cargo 311 localidades (cosa que prueba que Jaberg y Jud eran partidarios del explorador único, a pesar de que hicieran unas excepciones más que justificadas).

En el *ALPI* de T. Navarro Tomás, cada dominio lingüístico explorado (gallego y portugués, castellano y catalán) lo fue por una pareja de dialectólogos, constituida en cada caso por un fo-

netista y un lexicógrafo. Seguramente el caso extremo, en cuanto al número de exploradores, viene dado por el *Atlas Linguistique de la Gascogne*, de Jean Séguy, en el cual, para cada modalidad de la dialectología gascona operaba un verdadero equipo de especialistas de la zona.

Todavía desearía entrar, aunque brevemente, en un último aspecto de importancia capital: la propia manera de realizar la encuesta. Esta se ha llevado a término sobre todo de tres maneras. 1) Por mera traducción (cosa que requiere que el informante conozca bien la lengua de comunicación de que se sirva el explorador). Así se hizo en el *ALF* de Gilliéron: Edmont decía la palabra en francés y el informante respondía con el término local correspondiente. Es fácil de advertir que este método es muy arriesgado, y no sería nada recomendable en casos que no sean como el francés (lengua realmente ya muy conocida por doquier en Francia a fines del siglo pasado, por la eficaz y durable acción de la escuela primaria). Aun así, en muchas ocasiones —concretamente en el dominio occitano— Edmont no pasó del llamado «français provincial», que se le resistía como una dura costra (y que a menudo resultaba ininteligible sin conocer el occitano que quedaba debajo; lo puso de manifiesto Jean Séguy en el libro *Le français parlé à Toulouse*, 1950); en realidad, la costra sólo se rompería muchos años después, con el *Nouvel Atlas Linguistique de la France (NALF)*, gracias a que sus exploradores eran dialectólogos nativos de cada comarca que era objeto de encuesta. 2) Por la pregunta indirecta. Se trata de hacer la descripción de aquello cuya denominación en dialecto se desea saber (una parte del cuerpo, una labor campesina, un sentimiento, etc.), e insistir en ella hasta que el informante, habiéndola comprendido, pronuncia su equivalente en el habla local. Es el método re-

comendable en los dominios lingüísticos en los que los informantes, poco cultos o incluso incultos, no podrían traducir directamente la palabra enunciada por el explorador. Y, aun así, hay que comprobar como sea, que la respuesta obtenida corresponde a la pregunta planteada. 3) Por el llamado método indirecto. Su incorporación a la romanística se hizo por obra de Jean Séguy, quien, muy adelantado el atlas de Gascuña (y ya publicados sus primeros dos tomos), sustituyó el sistema de la pregunta indirecta, que acabo de presentar, por el de grabar en cinta magnetofónica toda la encuesta (la cual se hacía con mucha mayor rapidez y con mucha mayor espontaneidad, al no tener que realizarse la transcripción fonética). Luego, con calma, en las mejores condiciones profesionales, se hacía la transcripción en la Universidad. Séguy nos habló con tal entusiasmo del método indirecto, que Joan Veny y yo decidimos incorporarlo a nuestro *ALDC*. La verdad es, empero, que esto nos creó abundantes dificultades: la transcripción fonética no era fácil a través de una cinta magnetofónica, constantemente se nos planteaban dudas que, tiempo después, hubo que ir a disipar volviendo a la misma localidad, y —si ello era posible— al mismo informante, etc. Por lo que respecta a nosotros, el método indirecto perdió todo crédito, y lo abandonamos (reemprendiendo el de la pregunta indirecta. Pienso que el método indirecto sólo es recomendable cuando se tiene que partir de grabaciones (por ejemplo, para trabajar con el espectrógrafo). Si no, es preferible el anterior.

### III.—LA CULTURA MATERIAL

#### 1.—*La dimensión etnológica en los atlas lingüísticos*

Naturalmente, el interés por la cultura popular es anterior con mucho a los atlas lingüísticos. Y me place decirlo en Asturias, tierra que guarda tantos tesoros de tradición y folklore. Siempre las descripciones o los dibujos (o, más tarde, las fotografías) han acompañado la presentación de materiales de esta índole. Un buen número de museos etnológicos, en condiciones más o menos correctas, son instituciones de larga historia.

También las monografías dialectales han consagrado habitualmente buena atención a los aspectos de la cultura tradicional. Ahora bien, en la geografía lingüística, la adquisición de la vertiente etnológica caracteriza la segunda etapa, que antes (§ II, 1), cifrábamos en el AIS. Recuérdese que el título alemán de este atlas era *Sprach- und Sachatlas...* (literalmente «atlas lingüístico y de cosas»). Ello tuvo como consecuencia que este Atlas de Italia contenga numerosos dibujos (de la casa, de los aperos de labranza, etc.) correspondientes a los términos recogidos en las encuestas. Desde entonces, los atlas lingüísticos suelen ser al mismo tiempo también etnográficos, y ello frecuentemente ya aparece en el mismo título de la obra; por ejemplo: *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (ALEA)* de Manuel Alvar. Ni hay que decir que todos ellos contienen mapas con dibujos, esquemas o fotografías.

A pesar de mis menguados conocimientos en la materia, que me impedirán valorar la empresa como sin duda se merece, me permito indicar que existe incluso un atlas no ya lingüístico, sino etnográfico y folklórico, cuyos locales visité en 1950,

cuando la obra estaba en elaboración: me refiero al *Atlas der Schweizerischen Volkskunde*, de Paul Geiger y Richard Weiss. Recuerdo que, con respecto a las entidades etnográficas, se hacían sentir las frontreas lingüísticas, pero que, tanto o más que éstas, pesaba asimismo la frontera religiosa.

#### 2.—«Palabras y cosas»

En el terreno de la cultura material, hay que mencionar la revista «Wörter und Sachen» (literalmente: «Palabras y cosas»). La revista fue promovida por Rudolf Meringer, Hugo Schuchardt y Wilhelm Meyer-Lübke. Su primer tomo apareció en 1909, y se puede decir que desde entonces la romanística se ha mostrado interesada por los más variados aspectos de la cultura material. En los estudios que admitía la revista era patente que tanto interesaban las denominaciones de los objetos como estos mismos objetos.

#### 3.—*La Escuela de Hamburgo*

Se llama así porque su magnífica actividad fue impulsada en Hamburgo por Fritz Krüger, de cuya Universidad fue profesor durante largos años. Krüger era un romanista que se había orientado especialmente hacia la hispanística, cosa que tuvo beneficiosas consecuencias para la dialectología española. En efecto, la mayor parte de los estudios dirigidos por Krüger se referían a la Península Ibérica, y suministraban valiosas informaciones sobre el portugués, el castellano y el catalán. La Escuela de Hamburgo es un aspecto específico de la cultura material, y ha significado una aportación considerable al vocabulario dialectal y a la etnografía (sin olvidar la fonética,



ya que muy a menudo el vocabulario recogido se daba en transcripción fonética).

La Escuela de Hamburgo puede presentar un rico balance de publicaciones, porque en seguida atrajo la atención de muchos romanistas jóvenes, que así se ponían en contacto con los diferentes dominios lingüísticos románicos. Pero hay que subrayar el valor de la obra personal del propio Fritz Krüger. Quisiera poner de relieve su obra capital: *Die Hochpyrenäen*, compuesta por una decena de tomos. Para orientación del lector, puede ser útil recordar los títulos de un par de ellos: 1) «Transporte e instrumentos de transporte» (donde se recogen todos los modos y los procedimientos de transporte en el Pirineo: primero, la misma persona que realiza el transporte —ya sea con cestos, ya sea llevando el peso encima de la cabeza—; luego, los utensilios de una sola rueda, los de dos, etc.); 2) «Sobre agua» (volumen que contiene todo lo referente a acequias y canales, maneras de regar, etc.). Como es sabido, los Pirineos tienen muchas más estribaciones por el sur que por el norte; en efecto, en la vertiente septentrional son más abruptos, cosa que hace que antes se llegue a la tierra baja por el lado francés que por el lado español. Esta circunstancia, ayudada, si se quiere, por la especialización hispanista de Krüger, fue la causa de que *Die Hochpyrenäen* contenga muchísimos más materiales de los dialectos pirenaicos de España que de los de Francia.

#### IV.—FACTORES DE MODIFICACION

##### 1.—Factores de orden lingüístico

Cualquier método científico —y ahora yo pienso concretamente en la dialectología románica— tiene un riesgo evidente: que preste más atención a los cambios en la presentación de materia-

les que a los que hayan podido sufrir los contenidos. Así a la dialectología ha podido afinar cada vez más en el procedimiento de realizar las encuestas, mejorar las maneras de dar a conocer la información, rectificar datos erróneos o inexactos, pero ha sentido un profundo respeto para con el estado dialectal fijado, cuyos contenidos ha ido repitiendo inmodificados. Esta situación es la que me hizo hablar a mí, hace unos años, del «estado dialectal recibido» (refiriéndome al dominio lingüístico catalán). Así, todos íbamos repitiendo que el artículo derivado de *ipse* se había conservado en la Costa Brava, cuando todos los conocedores (y los que lo repetíamos íbamos con ellos) sabían que este rasgo ya había desaparecido. Como si no hubiera servido para nada el viejo trabajo de Rousselot, que ponía de manifiesto que las cosas cambiaban de una generación a la siguiente (cf. § I, 1).

Pero hay más, todavía. No sólo se modifican los estados dialectales en sus contenidos. También la ciencia sigue su curso. Me parece ocioso dar detalles de ello. Por eso me limito a recordar algunos hitos fundamentales de las inquietudes científicas de este siglo: 1) el *Cours de linguistique générale*, de Ferdinand de Saussure, aparecido en 1916 (publicación póstuma); 2) la ponencia 4.<sup>a</sup> (sobre la fonología) presentada por N. S. Trubetskoj al Primer Congreso de Lingüistas (La Haya 1928); 3) Louis T. Hjelmsliev y el Círculo Lingüístico de Copenhague (1931), cuya relación con la Universidad de Oviedo, a través de la obra de Emilio Alarcos Llorach es de sobra conocida; 4) la publicación, en 1957, de *Las estructuras sintácticas*, de Noam Chomsky, que daría pie a la importante y discutida gramática generativa transformacional, y 5) la aparición de *Languages in contact*, de Uriel Weinreich, en 1953, que, a su vez, significó el comienzo de la sociolingüística.

Estas cinco obras —cinco momentos— de la lingüística del presente siglo demuestran, una vez más, que la ciencia se mueve sin parar, y que se mueve progresando también incesantemente. La vieja dialectología no podía dejar de sentirse interpelada por todos estos avances de la lingüística.

## 2.—*La dialectología estructural. Nuevas perspectivas.*

Así, pronto se pudo hablar de una dialectología estructuralista. El estructuralismo, que surgió —entre otros ingredientes— de los tres primeros momentos que acabo de señalar (Saussure, Trubetskoj y Hjelmslev), se había de imponer y había de renovar la dialectología, por más que, como suele suceder en casos parecidos, predominasen los dialectólogos que se mantenían aferrados a sus métodos tradicionales. Citaré únicamente dos trabajos, que señalaron un camino al que por fortuna no fueron pocos los que se apuntaron: 1) André Martinet, *La description phonologique avec application au parler francoprovençal d'Hauterive (Savoie)*, 1939 [1944]. 2) Gregorio Salvador, *El habla de Cúllar-Baza* (1958). En estas monografías, los autores se preocuparon por incorporar los conceptos y los métodos del estructuralismo a la presentación de las hablas vivas. A partir de ellos, existe una dialectología estructuralista.

Eugenio Coseriu, en una comunicación de 1958, publicada en 1981 (apud Joan Veny, *Introducció a la Dialectologia Catalana*, Barcelona 1956, págs. 176-177) hizo estas precisiones: 1) La dialectología estructural no constituye una disciplina aparte, ni un método especial, sino la aplicación del método estructuralista a una descripción dialectal puntual. 2) Aplicada a la comparación de

dialectos (geolingüística), se realiza sobre la base de «correspondencias» (pertenecientes a la «estructura exterior» o «arquitectura»), distintas de las oposiciones funcionales; los dialectos comparados lo tienen que ser en el mismo nivel y en el mismo estilo de lengua. 3) La dialectología estructural ha de estudiar toda la variedad diatópica, no sólo en el plano del «sistema», sino también en el de la «norma de realización».

Así, pues, el objetivo de la dialectología estructural es doble: 1) Estudiar los dialectos como entidades dotadas de una estructura (como se hace con la lengua estándar); cronológicamente, este cometido se consiguió en seguida, de acuerdo con la finalidad que perseguían los estructuralistas, esto es estudiar la lengua por sí misma. 2) Comparar los sistemas de dos o más dialectos; este segundo cometido fue abordado más tarde que el anterior (a partir de 1954) porque no se avenía bien con el carácter funcional de la doctrina estructuralista (que establece estructuras y oposiciones en un sistema y no en varios sistemas).

En este terreno, y vistas sus consecuencias positivas para establecer los fundamentos de una dialectología estructural, hay que recordar el famoso artículo de Uriel Weinreich *Is a Structural Dialectology possible?* (en la revista «Word», vol. X, 1954, págs. 388-400), que abrió nuevas vías para la investigación dialectológica.

## 3.—*Factores de orden social*

Ahora bien, no es únicamente la ciencia la que sigue su curso. También se modifican sin cesar la vida de los pueblos y la propia civilización. Y en lo que va de siglo, los cambios han sido verdaderamente espectaculares. Piénsese que el vie-

jo arado romano de madera se ha mantenido en nuestro país hasta 1900 —y en algunos sitios hasta épocas mucho más recientes. A partir de entonces, y de un modo cada vez más acelerado, se han producido las grandes transformaciones técnicas, hasta imponerse por doquier, y por tanto también en las zonas rurales, la llamada mecanización, que resuelve de forma cómoda y rápida los problemas de los viejos procedimientos manuales. Ni hay que decir que el vocabulario tradicional del campo, el que recogían los atlas lingüísticos y las monografías dialectales, ha dejado de tener justificación, y hoy se encuentra en vías de extinción, sólo existente en el recuerdo de ancianos que inexorablemente van desapareciendo.

Más, todavía. El cambio es aún más profundo, porque afecta al funcionamiento de toda la sociedad: hemos ido pasando de la sociedad predominantemente agraria a la sociedad industrial. Los cambios se han realizado a ritmos distintos, según los países y según las comarcas, pero la línea general de cambio ha sido siempre la misma. Los demógrafos establecen y comparan los porcentajes de población rural y de población urbana de hace sesenta años y los de la actualidad, y la diferencia es evidente. En suma, estamos ante una urbanización de la sociedad, que ha implicado que lo que aún puede denominarse rural se halle hoy mecanizado en sus maneras de desarrollarse.

Con todo ello, la dialectología tradicional entra en grave crisis. Las fechas varían de un país a otro. En el nuestro, la gran transformación se puede fijar, a grandes rasgos, entre 1930 y 1960. Como se comprende, las causas no son lingüísticas, sino sociológicas. A partir de 1930 hacen su aparición una serie de factores, hasta entonces inéditos (o que, si ya en parte se habían manifestado antes, nunca habían pesado lo que pesan

a partir de 1930). Todos ellos acarrearán la llamada «nivelación lingüística» (a la que luego volveré). Los factores aludidos se pueden clasificar como sigue (y aquí resumo lo que yo mismo expuse en otra ocasión):

1) Las corrientes políticas. Es cierto que antes de 1930 se habían celebrado elecciones en varias coyunturas, pero éstas, por distintas razones, siempre se habían caracterizado por falta de espontaneidad y por poca participación. En cambio, terminada la dictadura de Primo de Rivera, alrededor de 1930 se organizaron los partidos políticos, y éstos actuaron, sobre todo durante la II República Española, con notable incidencia social.

2) La renovación cultural. Es sabido que el régimen instaurado en 1931 se conoció como la «República de profesores». La denominación era apropiada, como se ve por la insistente preocupación por la cultura de que dio muestras la república: en los museos, en la enseñanza primaria y en la secundaria (con ensayos de renovación pedagógica) y en las Universidades (fue la época de las innovaciones experimentales en las facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona, o, en 1933, de la Universidad Autónoma de Barcelona, regida por un Patronato mixto de las dos administraciones, central y autonómica).

3) La vida social. Con la república de 1931 se generalizan las vacaciones laborales. Ello trae consigo una mayor movilidad de la gente y pronto aparecen unos rudimentos de turismo interior. La radiodifusión, con más de 15 años de antigüedad, se propaga eficazmente. La televisión no había de hacer su entrada en España hasta mucho más tarde (1956).

4) La guerra civil española (1936-1939). Constituyó otro gran factor de relaciones humanas y de movimientos colectivos, que incidieron nota-

blemente en la nivelación lingüística. Muchos campesinos se vieron obligados a salir de sus tierras, por necesidades bélicas. Gran número de personas se desplazaron por persecuciones, por destrucciones, por imperativos militares. Fue entonces que en España se acuñó el término «refugiado», que se empezó a usar con referencia a los vascos que, fugitivos del Norte, se instalaron en Cataluña y otros territorios de la España republicana.

(En cambio, la postguerra —1939 y años siguientes— significó un verdadero retroceso en la nivelación iniciada: 1) por el inmovilismo impuesto (del que es exponente la exigencia de un salvoconducto para viajar incluso entre poblaciones cercanas); 2) por la vuelta a la vida provincial y local (una vida, además, sin iniciativas, sin asociaciones, de una apatía fomentada ante cuestiones de interés común); 3) por la instauración y el funcionamiento de una sociedad paternalista; 4) por el cultivo exagerado —y no siempre espontáneo— de las tradiciones locales. En una palabra: estancamiento).

5) La gran transformación socioeconómica (1950-1960). No he de resaltar un proceso sobradamente conocido. Sus características y consecuencias fueron, entre otras, las siguientes: 1) una elevación considerable del nivel de vida en España (por la cual la gente se compra coche, practica el turismo, adquiere una segunda residencia, etc.); 2) una cierta liberalización ideológica (por el hecho de que ciertas mentalidades antes dominantes se tambalearan); 3) la irrupción del turismo internacional a gran escala (con lo que ello suponía de contacto con otras costumbres y lenguas, etc.); 4) una mayor agilidad en el proceso de industrialización, que, aplicada al campo, se traduce en la mecanización de los trabajos agrí-

colas (y éste es sin duda el sector más afectado por la nivelación).

En definitiva: hacia la mitad del siglo presente se han producido y desarrollado unos factores que reducen la importancia de la vida rural, hasta tal punto que los viejos rasgos dialectales van siendo reemplazados por formas de lenguaje más universales. Muchos elementos del léxico local han pasado a ser desconocidos, o, si aun permanecen, al perder utilidad no se les atribuye importancia.

## V.—LA DIALECTOLOGIA SOCIOLINGÜISTICA

### 1.—*La encuesta sociolingüística.—Los niveles de lenguaje*

Ante la situación que acabamos de describir, ¿qué sentido tiene la encuesta dialectológica tradicional? Basta pensar en lo difícil que ha sido terminar ciertos atlas lingüísticos...

En efecto, hoy las cosas van por otros caminos. He aquí algunos de los objetivos de las encuestas que se llevan a cabo en la nueva dimensión: 1) Encuestas por zonas de un dominio lingüístico o por sectores urbanos o barrios. El cuestionario no puede estar orientado a recoger palabras inéditas, sino más bien a detectar la selección que se opera entre sinónimos, o los nuevos sentidos (a menudo metafóricos) que han adquirido las palabras, o incluso a constatar los vocablos que, antes conocidos y usados, hoy son ignorados y, por tanto, desusados. 2) Encuestas orientadas a recoger informaciones por niveles o registros de lenguaje (a veces en relación con las del punto anterior); así se pueden delimitar zonas que prefieren, por ejemplo, un sinónimo frente a los

demás existentes (ello permite clasificar vocablos del mismo significado que objetivamente se consideran más elevados, frente a otros que en cambio resultan más expresivos, etc.). Los conceptos de «denotación» y «connotación», en sus acepciones semánticas, han adquirido una nueva función con la sociolingüística. 3) Encuestas sobre las actitudes de los hablantes. La sociolingüística de nuestros días atribuye gran importancia a la posición de los hablantes ante cualquier opción en el uso de la lengua (preferencia por un término frente a sus sinónimos, elección de un nivel de expresión, etc.). Donde la cuestión de las actitudes adquiere mayor relieve es en los casos de «lenguas en contacto», en especial por lo que se refiere al empleo de la lengua oprimida, desafiando así la seguridad de la lengua dominante.

Cuanto acabamos de insinuar sobre las encuestas sociolingüísticas no excluye la realización de encuestas dialectológicas tradicionales. Se siguen haciendo, y siguen ofreciendo datos de interés. Pero hoy aquéllas interesan más que éstas.

## 2.—La nivelación geolingüística

El concepto de nivelación implica: 1) un núcleo centrífugo, de expansión de rasgos lingüísticos, y 2) un territorio en el que cobra realidad esa expansión. Como se comprende, en la nivelación juegan un papel decisivo las capitales administrativas y en general las ciudades (y de ahí lo importante que es conocer el habla de las ciudades, y no prescindir de ellas, como había hecho el *ALPI*). Las ciudades, con vida cultural, instituciones de enseñanza, organismos administrativos, centros industriales y comerciales, ocasiones de recreo y diversión, etc., son focos desde los que incesantemente se propagan nuevas formas de lenguaje hacia las zonas rurales o comarcas me-

nos dotadas y menos comunicadas. Un ejemplo típico —y precisamente anterior a la gran transformación socioeconómica— es la institución del mercado semanal, por la cual los campesinos de los pueblos pequeños que se trasladan a la capital comarcal a vender sus productos se ponen en contacto con las novedades, incluyendo en ellas los imperceptibles cambios lingüísticos. Así, las ciudades, que suelen monopolizar los recursos del poder desde cualquier ángulo de visión, tienen grandes posibilidades de imponer sus formas de expresión a las localidades a ellas supeditadas.

Si se me permite una vez más citar el dominio lingüístico catalán, recordaré que en éste se dan dos factores que favorecen sobre manera la nivelación a partir de las soluciones barcelonesas: 1) el catalán es una lengua en extremo *macrocéfala* (el peso de Barcelona y el área metropolitana adyacente es desmesuradamente superior a lo que correspondería, vista la extensión y la demografía de todo el dominio); 2) el catalán es una lengua en extremo unitaria (como se prueba por la ortografía vigente, que recoge todas las modalidades dialectales en un solo sistema). Ambos factores aseguran la viabilidad de la nivelación geolingüística: un núcleo potente (Barcelona) y un territorio homogéneo facilitan la generalización por doquier de características idiomáticas de la capital. Hay numerosos ejemplos. Quisiera recordar un par de ellos, que he aducido en más de una ocasión, y que se basan en la comparación entre informaciones suministradas por el *ALC* de A. Griera (de los años 20) y por nuestro *ALDC* (de los 60). En la Cataluña estricta, para el concepto 'patata' existían antes *trumfa* y *patata*. Este último término, propio de Barcelona, se ha extendido considerablemente en los 40 años que separan ambos Atlas, en detrimento de aquél, que subsiste en zonas menos afectadas por la influencia

de la capital. Es cierto que cabe hacer una objeción: el predominio creciente de *patata* sobre *trumfa* podría ser debido, no a barcelonismo, sino a castellanismo (con lo que cualquier otra ciudad importante —receptora y propagadora de castellanismos— sería susceptible de haber contribuido a la sustitución de *trumfa* por *patata*). La objeción, empero, se desvanece al ver que un proceso paralelo ha tenido lugar entre dos palabras en las que ya no es posible hablar de castellanismo: *fesol* y *mongeta* ('judía') presentaban, en los años veinte, una geografía bastante parecida a la mencionada de *trumfa* y *patata*: de ambos sinónimos, *fesol* tenía una difusión considerable; hoy *mongeta*, que es el vocablo barcelonés tradicional, se ha extendido mucho, y se oye en muchas comarcas en las que antes sólo existía *fesol*. Es evidente que las zonas de poder (demográfico, cultural, económico, etc.) tienen una fuerza de expansión de formas de lenguaje de que carecen las comarcas que quedan más al margen.

### 3.—La estandarización y las formas particulares

Sería superfluo querer definir aquí la estandarización; entre otras razones, porque es un concepto sobradamente conocido. Más que conocido: experimentado. En efecto, ¿quién no vive día tras día bajo la influencia de esa fuerza que tiende a reducir y unificar las distintas formas de expresión lingüística? Como es bien sabido, los medios de comunicación social, sobre todo la televisión (y Dios sabe lo que nos espera aun), son los grandes responsables de la estandarización. La tendencia —exagerando un poco, pero lamentándolo mucho— es que todo el mundo acabe expresándose igual. De ahí el nombre de lengua «estándar». Nadie ignora, por ejemplo, que en los Estados Unidos las conversaciones triviales se de-

sarrollan a base de unos clichés fijos, y si alguien (por desconocimiento o por la razón que sea) no hace uso de ellos, provoca situaciones de extrañeza (si no llega a malograrse la propia comunicación).

La estandarización tiene dos consecuencias importantes.—1) La igualación. Todo contribuye a que la lengua sea siempre la misma: en la escuela, en la radio, en la televisión, las cosas se dicen y repiten de la misma manera, y por fácil mimetismo esas formas estereotipadas se van extendiendo hasta convertirse en universales. Dejando de lado que todo el mundo sucumbe a esas fuerzas avasalladoras, su eficacia está además asegurada porque es mucho más fácil repetir que discernir.—2) El empobrecimiento. Si todo el mundo tiende a hablar igual, es obvio que así se limitan las opciones entre varios sinónimos. Se limitan e incluso quedan anuladas. Con ello desaparece la propia sinonimia, en favor del término privilegiado. Los americanos inventaron el «basic english», para favorecer el aprendizaje de la lengua inglesa; con ello se demostró que podemos movernos por esos mundos de Dios con 800 palabras. Claro que quien no posea más que la lengua básica no se podrá acercar a Cervantes ni pronto, al paso que vamos, a nadie de la generación del 98. Los estudiantes han de vencer no pocas dificultades para entenderlos.

¿Cuanto decimos se refiere a la estandarización que podemos llamar espontánea, pese a que no cueste gran trabajo enumerar los factores que la hayan provocado (como acabamos de ver). Sin embargo, existe otra estandarización: la que resulta de una política que la fomenta de modo calculado, científico, con el objeto de proteger y salvar una lengua. Quizás el ejemplo más adecuado es el de la estandarización en curso de la lengua ca-

talana, que ha sido objeto de estudio en el II Congreso Internacional de la Lengua Catalana, celebrado hace pocos meses (30 abril - 10 mayo del presente año 1986. Se trata de reducir los localismos que pudiesen dificultar un sano funcionamiento de la lengua, sin que, por otra parte, dejen de reconocerse las grandes modalidades (correspondientes a Cataluña, País Valenciano e Islas Baleares); éstas, entonces, son respetadas en sus rasgos más característicos, para que cada catalanohablante se encuentre cómodo y no se sienta forastero expresándose y comunicándose por medio de cualquiera de ellas. Esta solución —unidad y diversidad— es la que permite proceder a la normalización lingüística con el respaldo de la comunidad idiomática total.

Ello no impide prever que, si la vida de la sociedad sigue como es ahora y como parece que continuará siendo, los actuales matices distintivos se vayan nivelando cada vez más, en beneficio de las formas de lengua más aceptadas (que serán, por esta misma razón, cada vez más aceptadas). Si esta nueva nivelación rectifica las fragmentaciones dialectales de épocas pasadas, es al propio tiempo una nueva muestra del proceso que ha ocupado ahora nuestra atención y que nos ha traído de la dialectología historicista de hace un siglo a la dialectología sociolingüística de hoy.

Universitat de Barcelona

